



Revista Conflicto Social - Año 18 N° 33 - Enero a Junio de 2025

Aproximación a los fundamentos del desempleo en Marx y Mészáros para una comprensión de su actualidad

An approach to the foundations of unemployment in Marx and Mészáros for an understanding of its current situation

María Echeverriborda*, Mónica Brun** y Cecilia Espasandín***

Recibido: 7 de noviembre de 2024

Aceptado: 29 de mayo de 2025

Resumen: El artículo pretende contribuir a la comprensión de las formas contemporáneas que asume el desempleo a partir del análisis de sus fundamentos teóricos, su génesis y desarrollo histórico. Para ello, en un primer momento, presentamos un conjunto de elementos de la teoría marxiana para entender el desempleo como constitutivo de la dinámica de la acumulación capitalista. Luego, damos énfasis a los procesos socio históricos determinantes de la configuración del trabajo en el capitalismo actual exponiendo las contribuciones del filósofo contemporáneo István Mészáros. Profundizamos en su análisis acerca de la crisis estructural del capital como escenario contemporáneo y del desempleo crónico como acuciante y agudo problema mundial.

Palabras clave: trabajo, desempleo, crisis estructural, Marx, Mészáros.

Abstract: The article aims to contribute to the comprehension of the contemporary forms that unemployment assumes from the analysis of its theoretical foundations, its genesis and historical development. To do this, at first, we present a set of elements of Marxian theory in order to understand unemployment as a constituent of the dynamics of capitalist accumulation. Then, we emphasize on the socio-historical processes determining the configuration of work on current capitalism, exposing the contributions of the contemporary philosopher István Mészáros. We go deeper into his analysis about the structural crisis of capital as a contemporary scenario and chronic unemployment as a pressing and acute global problem.

Keywords: labour unemployment, structural crisis, Marx, Mészáros.

* Departamento de Trabajo Social de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de la República. Uruguay. ORCID N° 0000-0003-4496-5691. madelcarmen.echeverriborda@cienciassociales.edu.uy.

** Departamento de Trabajo Social de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de la República. Uruguay. ORCID N° 0009-0004-9297-823X. monica.brun@cienciassociales.edu.uy

*** Departamento de Trabajo Social de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de la República. Uruguay. ORCID N° 0000-0003-4628-2499. macecilia.espasandin@cienciassociales.edu.uy

Introducción

Este artículo se enmarca en el proyecto de investigación “Clase trabajadora y precarización laboral en Uruguay (1970-2020): fundamentos, devenir y experiencias”.¹ La investigación se organiza en tres componentes: i) fundamentos teóricos del problema; ii) evolución cuantitativa de las expresiones concretas del problema en Uruguay en el período 1970-2020 y iii) experiencias vividas por distintas generaciones en torno al problema. Aquí presentamos un producto de la investigación del primer componente.

Inicialmente nos propusimos profundizar en la reflexión teórica de los fundamentos de la precarización laboral como tendencia constitutiva de la explotación capitalista del trabajo. Al avanzar en el estudio, nos encontramos con la necesidad de recurrir a las elaboraciones de Karl Marx (1818-1883) y Friedrich Engels (1820-1895) y sus explicaciones sobre el desempleo. Ellos revelan que la acumulación capitalista requiere de la explotación del trabajo y produce necesariamente una sobrepoblación relativa integrada por un conjunto de desocupados y semiocupados, de cantidad fluctuante, que sufren las consecuencias de no tener empleo y que además tiene una influencia depresora de los salarios de los trabajadores ocupados. La primera parte del artículo recupera estos elementos del pensamiento marxiano.

El objetivo de investigar las formas actuales de desempleo, a partir del análisis de sus fundamentos, nos condujo a recuperar las contribuciones del marxista húngaro contemporáneo István Mészáros (1930-2017). Con base en sus aportes, el artículo da énfasis a los procesos contemporáneos determinantes de la configuración del trabajo en el sistema del capital actual, que, de acuerdo con su análisis, se encuentra en una fase de crisis estructural. Retomamos un conjunto de aspectos centrales propues-

¹ Financiado por la Comisión Sectorial de Investigación Científica de la Universidad de la República. Es desarrollado por un equipo docente del área de Trabajo Social de la Facultad de Ciencias Sociales, vinculado al curso La cuestión social en la historia que está integrado por las autoras de este artículo junto con Melissa Cabrera, Nicolás Figueredo, Juan Geymonat, Clara Márquez, Leticia Pérez y Laura Zapata.





tos por Mészáros para entender el desempleo como problema decisivo que afecta al mundo entero en nuestra época, de forma creciente y cada vez más cruel.

El desempleo como constitutivo de la dinámica de acumulación capitalista

El desempleo es entendido como una reserva laboral necesaria para el funcionamiento del sistema capitalista de producción desde, al menos, la obra juvenil de Engels (1845).

En todas las épocas, salvo en los cortos períodos de mayor prosperidad, la industria inglesa tiene necesidad de una reserva de trabajadores desocupados, a fin de poder producir las masas de mercancías que el mercado reclama precisamente durante los meses en que es mayor su actividad. (Engels, 2019: 142).

En varios tramos de su obra, Engels describe el proceso por el cual la competencia entre capitalistas impulsa a la actualización tecnológica y al consecuente despido de mano de obra sobrante;

¡qué efecto agotador, enervante, debe tener sobre los obreros, cuya posición ya no es sólida, esa inseguridad de la existencia que resulta de los progresos ininterrumpidos del maquinismo y del paro forzoso que ellos conllevan! (Engels, 2019: 209).

Marx (2016) desarrolla la explicación del ejército industrial de reserva al exponer la ley general de acumulación capitalista. Allí muestra que parte de la ganancia obtenida por el capitalista en un proceso productivo, mediante la apropiación de valor no retribuido a los trabajadores (plusvalor), es reinvertida en un nuevo ciclo productivo que permite incrementar la escala de producción, acrecentando la concentración del capital. Una con-

centración mayor de medios y fuerzas de trabajo pone en movimiento un nuevo proceso productivo. Pero, dada la creciente productividad del trabajo, menos fuerza de trabajo es necesaria en comparación con los medios de trabajo. El desarrollo tecnológico posibilita contar con menos fuerza de trabajo que ponga en funcionamiento la maquinaria incorporada. La acumulación capitalista produce, entonces, de manera constante “una población obrera relativamente excedentaria, esto es, excesiva para las necesidades medias de valorización del capital y por tanto superflua” (Marx, 2016: 784).²

Esa población desocupada, sobrante o “supernumeraria” (Marx, 2016: 785) actúa como un ejército disponible para las variables necesidades del capital e incide en la determinación del salario de la población ocupada. Su paro forzoso presiona sobre el mercado de empleo y hace más precaria la condición de existencia de la población asalariada.

El trabajo excesivo de la parte ocupada de la clase obrera engruesa las filas de su reserva, y a la inversa, la presión redoblada que ésta última, con su competencia, ejerce sobre el sector ocupado de la clase obrera, obliga a éste a trabajar excesivamente y a someterse a los dictados del capital (Marx, 2016: 792).

La perversa irracionalidad del sistema económico capitalista es evidente. Aquí se expresa en que, aumentando la productividad de su trabajo, la clase trabajadora productora crea los medios que la vuelven innecesaria para la producción de capital y, a la vez, deprime las condiciones de vida del conjunto de la población trabajadora. Tal es el movimiento tendencial de la economía capitalista; “esta ley produce una acumulación de miseria proporcionada a la acumulación de capital” (Marx,

² Marx (2016) denomina composición orgánica del capital a “la relación variable que existe entre su parte de valor convertida en medios de producción [capital constante] y la que se convierte en fuerza de trabajo [capital variable]”(p. 771). A medida que progresa la acumulación, hay una disminución relativa del capital variable en relación con el capital constante. “Al incrementarse el capital global, en efecto, aumenta también su parte constitutiva variable, o sea la fuerza de trabajo que se incorpora, pero en proporción constantemente decreciente”(Marx, 2016: 783).





2016: 805). Respecto a ello, Marx distingue entre la pauperización absoluta y relativa de la clase trabajadora. Comprende que las condiciones de vida de parte de la clase trabajadora pueden mejorar y la pobreza extrema disminuir. Pero en todos los casos el proceso de acumulación del capital amplifica el nivel de desigualdad social. Bajo el sistema capitalista, a mayor desarrollo de las capacidades sociales para producir, mayor es la riqueza social concentrada en unos y mayor el empobrecimiento de otros.

La heterogeneidad del espectro del desempleo

Marx analiza las distintas formas que adopta continuamente la sobrepoblación relativa: fluctuante, latente y estancada. Son formas de existencia descritas de manera general, que admiten “todos los matices posibles” (Marx, 2016: 797).

En la forma fluctuante, Marx hace referencia a la porción de población obrera que el capital repele en períodos de contracción y absorbe en períodos de expansión. Es una porción que está en constante flujo, tanto porque el capital reduce su requerimiento como porque la capacidad de trabajo se agota. Por esto, hay “un rápido relevo de las generaciones obreras”; el capital requiere masas mayores de obreros en edad juvenil, y una masa menor de obreros varones adultos (Marx, 2016: 800).

La forma latente de una sobrepoblación relativa es típicamente la población obrera rural. Se trata del proceso por el cual la producción capitalista se apodera de la agricultura y hace decrecer la demanda de población obrera rural, sin que la repulsión de esos obreros se complemente con una mayor atracción (como sí ocurre en la industria no agrícola). “Una parte de la población rural, por consiguiente, se encuentra siempre en vías de metamorfosearse en población urbana o manufacturera” (Marx, 2016: 800). Supone la existencia en el propio campo de una sobrepoblación constantemente latente. De ahí que al obrero rural se lo reduzca al

salario mínimo y que esté siempre con un pie en el pantano del pauperismo, al decir de Marx.

La forma estancada hace referencia a una parte de la población obrera activa que tiene una ocupación absolutamente irregular. El capital tiene acá una masa extraordinaria de fuerza de trabajo disponible; “el máximo de tiempo de trabajo y el mínimo de salario lo caracterizan” (Marx, 2016: 800). Marx sostenía que esta categoría tenía un crecimiento proporcionalmente mayor en relación a los demás elementos de la clase obrera.

Además de distinguir las tres formas referidas, Marx caracteriza el sedimento más bajo de la sobrepoblación relativa, que se aloja en la esfera del pauperismo. Esta población pauperizada también es descrita en sus distintas categorías: las personas aptas para el trabajo, que se engruesan con cada crisis económica; los huérfanos e hijos de indigentes, “candidatos al ejército de reserva” (Marx, 2016: 802); personas incapacitadas para trabajar (víctimas de accidentes en la industria: mutilados, enfermos crónicos, entre otros).

Es importante percibir el trazo de continuidad que Marx identifica entre el ejército activo y el ejército de reserva de la fuerza laboral. Por eso, “el pauperismo constituye el hospicio de inválidos del ejército obrero activo y el peso muerto del ejército industrial de reserva” (Marx, 2016: 802).

El desempleo como tiempo de trabajo descartable potencialmente creativo

Más allá de las distintas formas en que se compone el ejército activo y de reserva de la fuerza laboral, la lógica económica que rige es la explotación del trabajo por el capital. Aumentar el trabajo excedente para acrecentar el plusvalor es la finalidad de la producción capitalista. De ahí





la profunda contradicción entre dos polos tensionados: la disminución de trabajo necesario (expulsión de trabajo vivo) y el aumento de trabajo excedente (insustituible fuente de plusvalor). Como señala Mészáros (2006), esta es una contradicción siempre actuante en el sistema del capital.

Desde su constitución hasta la actualidad, el modo de producción capitalista revela su intrínseca tendencia a la expulsión de trabajadores y trabajadoras, y lo hace de manera cada vez más alarmante, excluyendo a la mayoría de la especie humana del proceso de trabajo. La “grande ironía” de la tendencia de desarrollo es que “el avance productivo de este modo antagónico de controlar el metabolismo social lanza una porción cada vez mayor de la humanidad en la categoría de mano de obra superflua” (Mészáros, 2006: 31).

Como ya lo retratara Marx para el siglo XIX, el sistema capitalista repone la doble irracionalidad de producir enormes masas de desocupados y a la vez, extender el tiempo de trabajo para las masas ocupadas.

El sistema productivo del capital de hecho crea “tiempo superfluo” en la sociedad como un todo, en una escala cada vez mayor. Sin embargo, no puede concebiblemente reconocer la existencia [...] de este tiempo excedente socialmente producido como el potencialmente más creativo tiempo descartable que todos nosotros tenemos, el cual podría ser utilizado en nuestra sociedad para la satisfacción de muchas de las necesidades humanas que ahora son cruelmente negadas, desde exigencias de educación y servicios de salud hasta la eliminación del hambre y desnutrición en todo el mundo (Mészáros, 2006: 43).

Al contrario, el capital es indiferente al hecho de que el concepto de “trabajo superfluo”, “se refiere en realidad a seres humanos vivos y poseedores de capacidades productivas socialmente utilizables – aunque capitalísticamente redundantes o inaplicables” (Mészáros, 2006: 43).

La reflexión que plantea aquí Mészáros se fundamenta en la concepción marxiana del trabajo. Para Marx (2002), el trabajo es una actividad ontológicamente humana, creadora de bienes para la satisfacción de

las necesidades en cualquier forma de sociedad; es “condición de la existencia humana, necesidad natural y eterna de mediar el metabolismo que se da entre el hombre y la naturaleza, y, por consiguiente, de mediar la vida humana” (p. 53). Las formas degradantes que el trabajo ha adquirido para el ser humano –como resultado de una lógica de explotación que se impone- no suprimen las cualidades esenciales que el trabajo posee.

Bajo la premisa del trabajo como la actividad auto-creadora del ser humano, Mészáros convoca a confrontar las complejidades del cambio social. No son principios ideales o requerimientos a priori de una nueva sociedad los que exigen trascender el actual orden social. Son “las premisas estructurales antagonísticas y cada vez más desperdiciadoras e irracionales del sistema del capital”, efectivamente existentes, las que colocan un necesario cambio cualitativo (Mészáros, 1999: 164).

La crisis estructural del capital como escenario contemporáneo

De acuerdo con Mészáros, después de la recuperación de la expansión del capital que transcurrió en las décadas posteriores a la Segunda Guerra Mundial -sin perturbaciones importantes en las potencias económicas-, se inició en la década de 1970 una crisis de carácter estructural, que afecta al sistema del capital como un todo.

Mészáros (2001) retoma las elaboraciones marxianas y enfatiza que la naturaleza del capital es ser una “contradicción viviente” (p. 648). Por eso, “no hay nada especial (...) en vincular capital con crisis”: las crisis “resultan ser el modo de existencia natural del capital” y mientras persista el capital, sus crisis son insuprimibles (Mészáros, 2001: 783). Sin embargo, hoy nos enfrentamos a una crisis que presenta cualidades diferentes a las crisis cíclicas que han acompañado el desarrollo del capitalismo desde su origen. El punto de inflexión decisivo es lo que para el autor constituye el fin de la fase de ascendencia del capital a partir de 1970.





La ascensión histórica del capital se realizó “de una forma muy contradictoria” y con “cinco siglos de expansión y acumulación, trajo consigo la condena de la abrumadora mayoría de la humanidad a vivir a duras penas” (Mészáros, 2001: 41). Pero mientras esta fase se sostuvo, “los desplazamientos de las contradicciones internas del capital pudieron darse con relativa facilidad” (Mészáros, 2001: 42).

Mészáros (2001) explica que a partir del último cuarto del siglo XIX, “la expansión imperialista por una parte, y los desarrollos monopólicos, por la otra, le prorrogan la vida al sistema del capital, demorando marcadamente el momento de su saturación” (p. 38).

Para permanecer, reproducirse y seguir con su dominio, además de articularse en el plano internacional como un sistema de imperialismos, en el desarrollo interno, el capital extendió e intensificó “la doble explotación de los trabajadores: como productores y como consumidores” (Mészáros, 2001: 507). El sistema de imperialismos y la intensificación del consumo de masas de los trabajadores de la zona metropolitana, fueron las “dos principales salidas para controlar la amenaza de alcanzar sus propios límites estructurales” (Mészáros, 2001: 507).³

En la fase de ascendencia del sistema del capital, sus crisis constitutivas eran crisis cíclicas. Siguiendo a Paniago (2018) –quien retoma el análisis mészárian–, podemos considerar a la crisis de 1929 como la crisis cíclica clásica cuya superación impulsó una nueva fase de crecimiento, alcanzando niveles superiores de acumulación de capital en el período posterior a la Segunda Guerra Mundial. Al referirse a las posibilidades de expansión del capital en dicho período, la autora plantea que el capital: “pudo ampliar su capacidad productiva y alterar su funcionamiento, ultrapasando los desajustes entre producción y consumo/realización” a través

³ Mészáros (2001) explica que, en el funcionamiento del consumo de la clase trabajadora, hubo importantes diferencias entre los países metropolitanos e imperialistas y los países “neocoloniales independientes” (p. 507). En los primeros, desde el último cuarto del siglo XIX, se pasó “del *consumo limitado* al consumo manejado y *masivamente ampliado*” (Mészáros, 2001: 507).

de varios medios (Paniago, 2018: 17). Destaca que lo logró contando con el papel auxiliar y complementario del Estado⁴ a favor del capital:

umentando la productividad del trabajo, utilizando los recursos políticos, económicos y militares del Estado para absorber el excedente de mercancías y de capital en una escala gigantesca (el complejo industrial-militar, el New Deal de Roosevelt, el Welfare State, que es el caso más ejemplar mientras duró, la ‘modernización’ del ‘Tercer Mundo’, etc.) (Paniago, 2018: 17).

Así, la crisis de 1929-1933 quedó superada con mejores niveles de acumulación después de la Segunda Guerra Mundial, con el gran último impulso que conocemos como los *años dorados* del capitalismo. Este rasgo típico de las crisis cíclicas –la recuperación de la acumulación de capital en un nivel superior a la acumulación del período pre-crisis– no se mantiene en la crisis inaugurada en la década de 1970⁵. Mészáros (2001) sostiene que mientras que la crisis de 1929-1933, “dejó una vasta cantidad de opciones abiertas para la supervivencia continuada, la recuperación y la reconstitución con mayor fuerza que nunca para el capital, sobre una base económicamente más firme y más amplia”, la crisis estructural tiene bloqueados los canales de desplazamiento de las contradicciones del capital (p. 780).

La crisis estructural tiene diferencias en sus características, en las posibilidades y formas de desplazamiento de las contradicciones, así como en las consecuencias que produce en la naturaleza, para la clase

⁴ Mészáros afirma que, entre la esfera de la economía y el estado, hay una relación de codeterminación y reciprocidad dialéctica. El Estado, en tanto “estructura de mando política totalizadora del capital” complementa las estructuras económicas del capital, ejerciendo como función principal “asegurar y resguardar sobre base permanente los logros productivos del sistema” (Mészáros, 2001: 57).

⁵ Diversos autores aportan información empírica que demuestra esta tendencia. Ver, por ejemplo: Roberts, M. (2016). La larga depresión. Cómo ocurrió, por qué ocurrió y qué ocurrirá a continuación. Madrid: El Viejo Topo; Moseley, F. (2007). Is The U.S. Economy Headed For A Hard Landing? Disponible en: <http://gesd.free.fr/moseleyh.pdf> [consultado 23/08/2024]; Moseley, F. (2009). The U.S. economic crisis: causes and solutions. Internacional. Socialist Review, 64. <http://www.isreview.org/issues/64/feat-moseley.shtml> [consultado 23/08/2024].





trabajadora y la sociedad en su totalidad. Mészáros destaca cuatro aspectos que muestran la novedad histórica de esta crisis contemporánea. En primer lugar, es una crisis con carácter universal. No se limita a esferas ni sectores de actividad particulares. Segundo, tiene cobertura global. Dada la integración mundial del capital social total, lo que sucede en un lugar termina afectando al mundo entero, por eso no puede acotarse a un conjunto de países particulares como pudo suceder en el pasado. Tercero, desde el punto de vista temporal, es “extensa, continuada (...) en lugar de limitada y cíclica” como las anteriores (Mészáros, 2001: 783). Y cuarto, en lo que refiere a su forma de desplegarse, es “reptante”: se desliza y zigzaguea sin que necesariamente explote con “derrumbes más espectaculares y dramáticos del pasado”, aunque estas explosiones puedan aparecer porque las contradicciones no se disipan, sino que se acumulan a pesar de las medidas que el capital toma en el intento de desobstruirlas (Mészáros, 2001: 784).

En este sentido, Mészáros (2001) sostiene que, en el período de la ascendencia del capital, las crisis podían ser consideradas anormales dado que estallaban en medio de períodos largos de crecimiento sin trastornos, mientras que en la etapa actual “se pueden convertir en la normalidad del ‘capitalismo organizado’” (p. 691). Explica que “los picos de las crisis periódicas del capital históricamente bien conocidas podrían ser – en principio– reemplazadas de un todo por un patrón de movimiento lineal” (Mészáros, 2001: 691). De este modo, estamos en un momento

de un *continuum deprimido*, que exhibe las características de una crisis *acumulativa*, *endémica*, más o menos *permanente y crónica*, con las perspectivas definitivas de una *crisis estructural* que cada vez se vuelve más profunda (Mészáros, 2001: 691).

Es un error, desde este punto de vista, concebir que la ausencia de detonaciones bruscas indica que estamos ante “un desarrollo saludable y sostenible” (Mészáros, 2001: 691).

Esto no quiere decir que el capital no siga con su tendencia inmanente a la expansión y acumulación. Tampoco “habría que excluir o mi-

nimizar la habilidad del capital para añadir nuevos instrumentos al ya vasto arsenal de su continuada autodefensa” (Mészáros, 2001: 784). Sin embargo, la crisis reside en las tres dimensiones internas del sistema: producción, consumo y circulación/distribución/realización y esto conlleva problemas para el capital y las formas de responder a sus contradicciones.

Estas dimensiones, antes de la culminación de la fase de ascendencia del capital, propendían a “fortalecerse y expandirse mutuamente durante largo tiempo” y esto permitía “la reproducción dinámica de cada una de ellas en una escala en perenne ampliación” (Mészáros, 2001: 786). Mészáros (2001) sostiene que las limitaciones inmediatas en cada dimensión podían ser “superadas exitosamente, gracias a la interacción recíproca de las demás” (p. 786). Para ilustrar este funcionamiento, plantea que los obstáculos inmediatos en la esfera de la producción podían ser desbloqueados con la expansión del consumo y a la inversa, lo que permitía “la reproducción dinámica de cada una de ellas en una escala en perenne ampliación” (Mészáros, 2001: 786). Esto era posible porque en el modo de funcionar del capital,

los límites parecen verdaderamente no ser más que meras barreras que superar, y las contradicciones inmediatas no sólo son desplazadas, sino además utilizadas directamente como palancas para el incremento exponencial en el poder de autopropulsión aparentemente ilimitado del capital (Mészáros, 2001: 786).

Mientras esta articulación y engranaje estuvo en operación garantizando la continua reproducción ampliada del capital, las crisis aparecían, pero eran cíclicas.

La crisis estructural emerge cuando deja de ser posible que los intereses propios de cada una de las dimensiones –que constituyen una “unidad contradictoria”– “dejan de coincidir con los de las demás” (Mészáros, 2001: 787). La consecuencia es que los trastornos y disfunciones propias del capital, ahora no pueden ser absorbidas ni diseminadas. Esto





provoca que se conviertan en “*acumulativas* y por ende *estructurales* acarreado un peligroso bloqueo en el complejo mecanismo del *desplazamiento de las contradicciones*” (Mészáros, 2001: 787). Esto genera que el proceso de crecimiento normal del capital quede impedido y además “presagia un fracaso en su función vital de desplazar las contradicciones del sistema acumuladas” (Mészáros, 2001: 787).

Como explica Paniago (2007), un primer elemento para entender la ampliación y profundización del capital para desplazar sus contradicciones y mantener el flujo expansivo y la acumulación creciente, es reconocer que “la contradicción inexorable entre crecimiento de la producción de trabajo excedente y la disminución del trabajo necesario, con sus nefastas consecuencias para la realización del capital, permanece actuante” (p. 72).

Al mismo tiempo, las salidas de superación de la crisis no son viables porque “no hay ninguna esfera de la vida o región en el capitalismo mundial que ya no estén incorporadas a las leyes de la lógica explotadora del trabajo” (Paniago, 2007: 72).

En esta fase, para enfrentar las restricciones que la crisis pone a su pulsión de expansión, el capital está destruyendo la naturaleza y la sociedad. Para Mészáros (2001), con la crisis estructural hay un pasaje de la “producción genuina” a la “producción destructiva” (p. 693).

Es necesario considerar que, si bien el capital nunca se orientó por la búsqueda de la producción de valores de uso para la satisfacción de las necesidades humanas, “hubo una vez en la que contemplar la producción de la abundancia, y la supresión de la escasez era enteramente compatible con los procesos y las aspiraciones capitalistas” (Mészáros, 2001: 693). A esas fases del desarrollo del capital, Mészáros llama producción genuina. La acumulación del capital propiciaba que se ampliara el círculo del consumo. En esta ampliación estaban implicados los trabajadores que también se volvieron provechosos como consumidores. La expansión del círculo de consumo, necesaria para la reproducción ampliada del capital, “abarca también un creciente número de los ‘pobres trabajadores’ proveyéndolos de un abanico cada vez más amplio de mer-

cancias, que las fuerzas productivas en desarrollo hacen posibles y necesarias” (Mészáros, 2001: 648).

Sin embargo, hoy en la crisis estructural, estamos en una etapa “en la que la disyunción *radical* de la producción genuina y la autorreproducción del capital dejó de constituir alguna remota posibilidad para ser una cruel realidad, con las más devastadoras implicaciones para el futuro” (Mészáros, 2001: 693).

En virtud de que no es posible seguir ampliando el círculo del consumo —no hay más territorios a dónde pueda expandirse el capital y la capacidad de consumo tiene límites, sobre todo por el desempleo creciente— hoy se impone la producción destructiva.

Esto está íntimamente relacionado con la tasa de utilización decreciente que “afecta negativamente a las tres dimensiones fundamentales de la producción y el consumo capitalistas, a saber, las de: bienes y servicios; planta y maquinaria; y fuerza laboral misma” (Mészáros, 2001: 665). Según Mészáros (2001) ésta “resulta ser una de las leyes tendenciales más importantes y de mayor alcance de los desarrollos capitalistas” y “desempeñó funciones muy diferentes en diferentes fases de esos desarrollos” (p. 671). Con su intensificación, el capital busca encontrar vías para la acumulación. La tasa de utilización decreciente de bienes le permite “alcanzar la reproducción requerida en una escala ampliada, mientras mantiene a raya artificialmente a la tendencia a ampliar el círculo de consumo” (Mészáros, 2001: 679). Es decir que, en un momento en el que el círculo del consumo no se expande, “la meta y principio orientador de la producción pasa, entonces, a ser: cómo asegurar la *máxima* expansión factible (...) sobre la base de la tasa de utilización *mínima* que mantenga la continuidad de la reproducción ampliada” (Mészáros, 2001: 679).

Sin que importe si los productos del trabajo son destinados a un uso continuado, a muy poco o inexistente uso, “porque el capital define ‘útil’ y ‘utilidad’ en términos de vendibilidad” (Mészáros, 2001: 655).⁶

⁶ Un ejemplo cotidiano de la tasa de utilización decreciente del valor de uso de las mercancías lo





Mészáros destaca que la vía de superar contradicciones activando la destructividad no es exclusiva ni original de la crisis estructural, es constitutiva del capital desde su origen. Históricamente el capital logró sortear sus obstáculos “destruyendo sin ningún miramiento las unidades de capital sobreproducidas y ya no viables, y con ello incrementando convenientemente la concentración y centralización del capital, y reconstituyendo la rentabilidad general del capital social total” (Mészáros, 2001: 687).

El proceso de concentración y centralización implica que cantidades importantes de unidades productivas que conforman el capital social total –que pueden ser útiles en la producción de bienes para la satisfacción de necesidades sociales–, sean destruidas por ser “capitalistamente inútiles (no rentables en su modo de operación)” (Mészáros, 2001: 660).

El autor también da centralidad al desarrollo del complejo industrial-militar, con su consustancial carácter destructivo, como un medio que permitió y permite al capital, con inmensos recursos del Estado, desplazar la contradicción de la sobreproducción.⁷

Pero la tasa de utilización decreciente en el sistema del capital actual llega al punto de que gran parte de los productos que usamos, se descartan cuando aún les queda mucha vida útil. La subordinación del valor de uso al valor de cambio y el imperativo de la ganancia siempre ascendente, hace que este “sistema como totalidad [sea] completamente desperdiciador, y debe continuar siéndolo en proporciones siempre ascendentes” (Mészáros, 2001: 657).

encontramos en la elaboración de las cremas faciales, en las que sólo el 10% de los recursos materiales y laborales requeridos para su producción y distribución es dedicado a “la combinación química que se supone es la que le produce los beneficios reales o imaginarios de la crema” (Mészáros, 2001: 657). El resto es usado para el empaque de presentación, o envoltorio. “Prácticas obviamente desperdiciadoras aquí implicadas están plenamente justificadas, dado que ellas satisfacen criterios de la ‘eficiencia’ ‘racionalidad’ y ‘economía’ capitalista en virtud de la probada rentabilidad del artículo” (Mészáros, 2001: 657).

⁷ La relación entre la expansión del gasto y de la inversión en la industria bélico-militar, la baja del desempleo y el desarrollo económico es analizada por Mészáros, quien retoma a Baran y Sweezy. Mészáros expone sus ideas para referirse al uso del gasto militar como mecanismo para enfrentar el desempleo y la recesión, especialmente en el periodo posterior a la Segunda Guerra Mundial. Uno de los factores que permitió alcanzar el pleno empleo durante los *años dorados* del capitalismo fue el incremento de la producción militarista.

La obsolescencia programada y otras prácticas productivas y de consumo que llevan a reducir la vida útil de los productos es muestra de los mecanismos que usa el capital para sortear los obstáculos que encuentra en la realización del consumo, sin importar cuán destructivos sean de los recursos naturales.



La activación de los límites absolutos del capital

En el análisis de Mészáros de la crisis estructural se destaca la afirmación de que ésta activa los límites absolutos. La decreciente tasa de utilización tiende a activar uno de ellos: la devastación del ambiente natural del mundo entero que el capital realiza en búsqueda de ganancia.

Los límites absolutos están actuando de forma creciente e impactante en la sociedad y la naturaleza en virtud de las medidas tomadas por el capital en procura de recuperar la acumulación y expansión. Paniago (2018) señala que, en este escenario, las contradicciones del capital,

provocadas por su autovaloración alienada, subsumiendo las necesidades sociales y el criterio productivo al valor de cambio, junto con la acción destructiva del trabajo con el apareamiento del “desempleo estructural” y la degradación del medio natural (...) se reponen de manera más agravada (...) transformándose en límites absolutos-estructurales (p. 24).

Antes de la crisis estructural, los límites con los que el capital se encontraba eran límites relativos. Estos obstáculos y barreras que se le presentaban, producidos por su propio modo de ser, podían “ser superados al expandir progresivamente el margen y la eficiencia productiva del tipo –factible y procurado dentro del marco establecido- de acción socioeconómica” (Mészáros, 2001: 119). Los límites relativos, característicos de las crisis cíclicas, podían ser absorbidos y desplazados dentro del orden.



Sus consecuencias más dañinas, fruto de la base causal del capital, podrían ser mitigadas.

Por el contrario, los límites absolutos no pueden ser contenidos ni desplazados. De acuerdo con Mészáros (2001), “para ir con éxito más allá de ellos se necesitaría adoptar estrategias reproductivas que tarde o temprano socavarían por completo la viabilidad del sistema del capital en sí” (p. 119). En el intento de desobstruir las barreras que se le presentan, el capital se ve obligado a tomar medidas que terminan agravando los problemas. De este modo, lo que distingue a los límites absolutos de los relativos es que su resolución exige “cambiar el modo de control prevaleciente en uno cualitativamente diferente” (Mészáros, 2001: 163).

Con respecto a esto, Mészáros (2001) hace dos puntualizaciones importantes. Por un lado, aclara que estos límites son absolutos sólo para el sistema del capital. No son propios de todo sistema histórico, así que podrían ser superados en una forma de sociedad alternativa. Por otra parte, que los límites absolutos estén activados no significa que “la inexorable inclinación del capital a ir más allá de sus límites llegará de repente a un alto” (Mészáros, 2001: 167). El capital no se frena ante estos límites, intenta manipular las restricciones que se le colocan “tratando de ensanchar el margen de maniobra (...) dentro de sus propios confines estructurales” (Mészáros, 2001: 167).

El autor destaca cuatro conjuntos de problemas que atañen a los límites absolutos y enfatiza que no se trata de cuestiones aisladas: “ellas demuestran ser insuperables precisamente porque en mutua conjunción intensifican en alto grado el poder disociador de cada una, así como el impacto general de los conjuntos particulares en cuestión tomados en conjunto” (Mészáros, 2001: 169).

La primera cuestión es el antagonismo estructural entre el capital global y los estados nacionales; la segunda –como vimos– refiere a la destrucción del ambiente natural; la tercera se vincula con las reivindicaciones de igualdad de las mujeres y la cuarta, foco de este artículo, es el desempleo crónico.

El desempleo crónico en la fase de crisis estructural del capital

Si a lo largo del proceso histórico de ascensión del capitalismo el desempleo ha cumplido una función imprescindible para la acumulación de capital, en el contexto de crisis estructural el desempleo crónico constituye, para Mészáros (2001), el límite absoluto que “pone en juego las contradicciones y antagonismos del sistema del capital global en la forma potencialmente más explosiva” (p. 171). Es decir,

para zafarse de las dificultades de la expansión y acumulación rentables, el capital en competencia global tiende a reducir el “tiempo de trabajo necesario” (o el “costo laboral de la producción”) a un mínimo rentable, con lo que a su vez tiende inevitablemente a transformar a los trabajadores en una fuerza de trabajo cada vez más superflua. Pero al hacerlo así el capital socava simultáneamente también las condiciones más vitales de su propia reproducción ampliada (Mészáros, 2001: 173).

En tiempos de crisis estructural, “todas las medidas concebidas para curar el profundo defecto estructural del desempleo creciente tienden a agravar la situación, en lugar de aliviar el problema” (Mészáros, 2001: 171). En ese sentido, el desempleo crónico no sólo representa un obstáculo a la acumulación de capital, sino que es también elemento activo del carácter destructivo que asume la autorreproducción del sistema.

Mészáros (2001) plantea que, a lo largo de la historia, desde la formulación clásica de Malthus hasta la actualidad, el problema de la población sobrante ha sido interpretado y explicado de distintas formas por los apologistas del orden social capitalista. En 1798, Malthus publica su principal obra, “Ensayo sobre el principio de la población”, en la cual presenta su preocupación ante el problema del crecimiento poblacional.⁸ En el con-

⁸ T.R. Malthus (1993). Primer ensayo sobre la población, Barcelona: Altaya, [An Essay on the Principle of Population, as it affects the future Improvement of Society, with Remarks on the Speculations of Mr. Godwin, M. Condorcet, and Other Writers, London: J. Johnson, 1798].





texto de ebullición social y política generada por la reciente Revolución Francesa y bajo el temor de nuevos estallidos sociales, Malthus sienta las bases del abordaje conservador del problema. Su ensayo era “una réplica violenta contra la proyección libertaria y socialista utópica de William Goldwin de un orden social alternativo, orientado hacia el establecimiento de una igualdad genuina y las correspondientes relaciones para regular los intercambios sociales” (Mészáros, 2001: 257).

De acuerdo con la clásica formulación malthusiana, “la población, si no encuentra obstáculos, aumenta en progresión geométrica. Los alimentos tan sólo aumentan en progresión aritmética” (Malthus, 1993: 53), generando un catastrófico descompás entre el aumento de la población –entendido como proceso que obedece a una ley natural y, por tanto, transhistórica de la población- y la capacidad humana de producir alimentos.

En las perspectivas malthusiana y de corte neomalthusiano, la superpoblación es entendida como el resultado de una explosión demográfica que responde a una ley natural. Al naturalizar las causas del problema, Malthus y sus seguidores –de ayer y de hoy- defienden que el crecimiento de la humanidad es un fenómeno de la esfera natural, convirtiendo lo que es socialmente determinado e históricamente específico, en una “catástrofe determinada por la naturaleza” (Mészáros, 2001: 264). En ese sentido, la apologética clasista “sustrajo las tendencias del desarrollo en curso de sus determinantes sociales, intentando tratar las cuestiones inherentemente históricas de por qué y cómo cambian las poblaciones bajo una ‘ley natural’ mecánica proclamadora del desastre” (Mészáros, 2001: 256).

Así, según Mészáros (2001), Malthus “terminó por invertir la relación entre los límites immanentes y las barreras exteriores” (p. 256).

Para Mészáros, la realidad ha demostrado que el problema de la superpoblación no es consecuencia de una explosión demográfica, ocasionada por un principio natural de crecimiento poblacional. La idea de la “incapacidad de la sociedad para aportar la producción agrícola necesaria

para alimentar a la población” (Mészáros, 2001: 265) no tiene sustento si se piensa, por ejemplo, en la intensificación de la tasa de utilización decreciente de bienes, aquí ya mencionada.

Se trata, en realidad, de una “escasez creada y reproducida socialmente” (Mészáros, 2001: 263). En ese sentido, el autor afirma,

Amenazar a la humanidad con que va a alcanzar los límites naturales absolutos resulta tan absurdo como esperar que el avance de la productividad definida directamente en términos absolutos vaya a eliminar la escasez. Ambos conjuntos de problemas sólo pueden ser tratados significativamente dentro de su respectivo marco socioeconómico y cultural (Mészáros, 2001: 263).

Por tanto, el problema de la población excedente debe ser comprendido en sus determinaciones sociales e históricamente específicas. Se trata, en realidad, y cada vez más, de mano de obra superflua, esto es, de fuerza de trabajo relativamente excedente. Eso quiere decir que las masas de trabajadores y trabajadoras expulsadas de todos los campos de actividad a nivel mundial son superfluas para “los imperativos de la expansión rentable del capital”, pero no pueden dejar de ser masas de consumidores “requeridos para asegurar la continuidad de la autovalorización del capital y la reproducción aumentada” (Mészáros, 2001: 266). Así, esta población puede ser caracterizada como superflua o excedente solamente en su condición de agente de la producción capitalista, ya que siguen siendo imprescindibles para la reproducción ampliada de capital en su condición de población consumidora.

Sucede que, con el aumento del desempleo y el desarrollo de su carácter crónico, el mismo deja de funcionar como factor de vitalidad de la acumulación capitalista: pasa a constituirse como un obstáculo en el circuito de valorización del capital, ya que impone límites a la ampliación de la capacidad de consumo, restableciendo en nueva escala las contradicciones entre la esfera de la producción de valor y la esfera de consumo/realización del valor producido. Como vimos, en tiempos de crisis estructural





estas contradicciones no pueden ser desplazadas como en la fase de ascensión del capital.

El carácter crónico, universal y global del desempleo vuelve aún más ilusoria la posibilidad de un retorno al pleno empleo, hasta en los países de capitalismo avanzado. Parte importante del discurso apologista del capital en la década de 1960 sostenía la interpretación del problema como “reducidos bolsones de desempleo” (Mészáros, 2001: 266), como una especie de efecto colateral del desarrollo. Postulaba que una nueva etapa de desarrollo y de revolución tecnológica podría poner todo en su lugar, generando las condiciones para retornar a la situación de pleno empleo.

Sin embargo, para Mészáros, el desempleo en tiempos de crisis estructural asume carácter universal, pues afecta profundamente no solamente a los sectores más atrasados de la industria, que van cerrando sus puertas y expulsando masas de trabajadores en la medida en que penetra la tecnología en los procesos de producción, sino que golpea también a los sectores más pujantes y modernizados de la economía en general.⁹

Con la globalización del desempleo y la degradación del trabajo, la tendencia es hacia la “ecualización descendiente de la tasa de explotación diferencial” (Mészáros, 2001: 832). En nuestros términos, esto significa que el capital –y sus personificaciones- viene imponiendo una mayor explotación del trabajo incluso en las categorías y regiones otrora privilegiadas y, sin suprimir las diferencias al interior del conjunto de la fuerza de trabajo, tiende a igualarlas hacia abajo. En este sentido, Mészáros afirma que se asiste al retorno y a la extensión creciente de la plusvalía absoluta en las sociedades del “capitalismo avanzado” –y el término “avanzado” es ironizado por el autor-.

⁹ Desde el año 2022 hasta febrero del 2024 han ocurrido olas de despidos masivos de trabajadores y trabajadoras en las principales *Big Techs* del Silicon Valley. Es necesario recordar que estas grandes compañías han tenido un aumento considerable en sus ganancias, especialmente tras la pandemia en el año 2020. Según la BBC News, en noticia del 12 de febrero de 2024, “en total, casi 32.000 trabajadores han sido despedidos de 122 empresas tecnológicas desde principios de año, según el sitio web Despidos.fyi citado por Reuters” <https://www.bbc.com/mundo/articles/c87ny12x530o>

El aumento de las cifras de desempleo en las últimas décadas del siglo XX y en lo que va del siglo XXI, inclusive en los países de capitalismo central, así como el fracaso de las medidas tomadas para reducir la masa de desempleados a nivel mundial, revelan el carácter crónico y estructural del desempleo. Cae por agua el argumento del problema del desempleo como un fenómeno propio de los países “subdesarrollados”, ya que “incluso en la parte más privilegiada del sistema del capital la enfermedad social sumamente grave del desempleo masivo ha asumido proporciones crónicas, sin que esté a la vista algún final para esa tendencia que va empeorando” (Mészáros, 2001: 172).

Especialmente a partir de la década de 1990 el carácter masivo del desempleo y sus consecuencias amenazadoras, no permiten que el problema siga siendo ignorado o comprendido como expresión marginal y reducida de fallas en el desarrollo económico. Las estadísticas actuales revelaron que en 2023 hubo una tasa de desempleo mundial de 5,1%, lo que representaba a 188,6 millones de personas; para 2024, se preveía un aumento del desempleo mundial en 2 millones más de personas (OIT, 2024). El déficit mundial de empleo abarcó a 435 millones de personas en 2023 (OIT, 2024).¹⁰

En América Latina y el Caribe, la tasa de desocupación pasó de 8,6% en 2019 –antes de la pandemia por COVID-19- a 6,1% en 2024 (OIT, 2025), evidenciando una relativa disminución. Para ilustrar los pro-

¹⁰ El déficit mundial de empleo es una medida de la cantidad de personas que no tienen empleo y “no forman parte de la población activa al no cumplir los criterios para inscribirse en la categoría de desempleados” (OIT, 2023, p. 2). En cuanto a la evolución de los ingresos, la OIT apuntaba que en 2023 los salarios reales disminuyeron en la mayoría de los países del G20 (los llamados *capitalistas desarrollados*), respecto al año anterior. El número de trabajadores que vivían en una situación de pobreza extrema en el mundo (con ingresos inferiores a 2,15 dólares al día por persona) aumentó en casi 1 millón; mientras que el número de trabajadores en situación de pobreza moderada aumentó en 8,4 millones (OIT, 2024). Sin embargo, asombrosamente, la conclusión del organismo internacional es que, “todo parece indicar que, en un futuro próximo, las perspectivas del mercado de trabajo se deteriorarán, aunque solo moderadamente” (OIT, 2024: 14). De acuerdo con datos de otros organismos intergubernamentales (FAO, FIDA, OMS, PMA y UNICEF, 2023), más de 780 millones de personas en el mundo padecieron hambre en 2022, es decir, alrededor del 9,2 % de la población mundial. Esta cifra indicaba un aumento de 122 millones de personas más que en 2019, cuando el hambre afectó al 7,9% de la población mundial.





blemas de empleo y precarización en esta región, es necesario considerar el peso que tiene el empleo informal. De acuerdo con información estadística que aportan Pineda et al en un informe de la CEPAL (2024), se constata que en el período 2013-2022, “las economías de la región han registrado la menor tasa de crecimiento del número de ocupados desde 1950” (p.7). Pero junto con este problema se debe considerar que la mayoría de empleos que se crean son informales. En este período,

la población ocupada de América Latina aumentó un 10,0%, la ocupación informal aumentó un 18,6% y pasó de aproximadamente 101,2 millones de personas en 2013 a 120 millones de personas en 2022; la ocupación formal aumentó un 3,3% y pasó de 126,4 millones a 130,4 millones de personas en el mismo período (Pineda et al, p. 26).

En América Latina y el Caribe la tasa de informalidad laboral en 2022, según las estimaciones de CEPAL-CIET ascendía al 50,5%¹¹ y según las de la OIT alcanzaba al 52,3% (Pineda et al, 2024).¹²

¹¹ La estimación de CEPAL-CIET se elaboró a partir de encuestas de hogares de 14 países de América Latina entre 2013 y 2022 que concentran el 87,5% de la población en edad laboral de la región. La definición de ocupación informal utilizada considera que un asalariado o aprendiz es informal si no cuenta con un contrato, y que un empleador o trabajador por cuenta propia es informal si el establecimiento en el que trabaja no está registrado ante la autoridad fiscal (Pineda et al, 2024).

¹² Es importante agregar que recientes estudios se proponen examinar las distintas modalidades que asume la reserva laboral en la región y cuantificar su volumen (Donaire, 2021; Donaire, Rosati y Mattera, 2021; De Luca, Seiffer y Kornblihtt, 2013; Longhi, 1994). Así, por ejemplo, Donaire (2021) utiliza las Bases de Datos y Publicaciones Estadísticas de la Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPALSTAT) para aproximarse a las modalidades flotante, latente y estancada -en términos marxianos- de la reserva laboral en doce países del continente. Su estudio demuestra que el desempleo abierto -expresión de la modalidad flotante- es apenas una de las formas en que aparece el problema de la expulsión de fuerza de trabajo del circuito productivo capitalista y que la predominante en nuestra región es la modalidad estancada (usualmente llamada informalidad). Aquí no profundizamos en estas contribuciones -que son antecedentes de estudio de otro componente de nuestra investigación referido a la evolución cuantitativa del desempleo y la precarización del trabajo en Uruguay-, sino que nos abocamos al estudio de los fundamentos del problema.

Falsas soluciones al problema del desempleo

Mientras se proyectan las pseudoamenazas y las catástrofes naturales, la cuestión demográfica realmente amenazante –que es la tendencia al desempleo crónico en todos los países- es ignorada o tergiversada. “Es tergiversada como si se debiera a desarrollos puramente tecnológicos y los descubrimientos científicos subyacentes, y por lo tanto, de nuevo, a la aparición de ciertas ‘leyes de la naturaleza’” (Mészáros, 2001: 264).

En su exposición sobre el dramático salto cuantitativo y cualitativo del desempleo hacia su transformación en desempleo crónico, Mészáros recorre distintos abordajes que han planteado una falsa definición del problema, definiendo y proyectando soluciones ilusorias. Desde la negación de su alcance hasta llegar al inevitable reconocimiento de su magnitud y de sus consecuencias desastrosas (a lo largo de la década 1990), las explicaciones sobre el desempleo elaboradas por defensores del sistema del capital han recurrido a la naturalización y externalización de sus determinantes causales, estableciendo “correspondientes remedios ficticios” (Mészáros, 2001: 262). Dada la imposibilidad de cuestionar la perversa dinámica interna, los “únicos correctivos admisibles” frente al problema del creciente desempleo son aquellos “que puedan ser considerados externos a la dinámica social real” (Mészáros, 2001: 265).

Para Mészáros (2001) la base sobre la cual se sustentan los remedios ficticios al problema del desempleo está conformada por dos ejes: por un lado, “ocasionalizar la fuerza laboral” (p. 265), que implica la precarización de la fuerza laboral total; y por otro, la criminalización y represión de protestas en contra. Como concluye irónicamente Mészáros (2001),

Porque si el sistema del capital no puede manejar las contradicciones que se intensifican, nadie debería soñar siquiera con tratar de pelear por una alternativa. Puesto que el capital es estructuralmente incapaz de una planificación englobadora como vía de salida al laberinto de las irrationalidades destructivas, nadie debería buscar





respuestas en el sentido de coordinar racionalmente los poderes de la producción en las necesidades humanas (p. 265).

Frente a la elevada tasa del desempleo, su expansión a todos los países y su penetración en todos los campos, ramas y categorías, los “ideólogos del sistema” proponen “el regreso al capitalismo salvaje” (Mészáros, 2001: 269), mediante una ofensiva contra el trabajo y lo que ideológicamente ha sido proclamado como el gran enemigo: un sistema de protección social y laboral agigantado y excesivamente benevolente con la población trabajadora. Entre esas medidas de precarización y desregularización se incluyen la reducción del salario mínimo, el desmonte del sistema de beneficios relacionados al desempleo y de la protección laboral para los empleados, así como la invención de autoempleos. En definitiva, se trata de medidas y prácticas que buscan reducir los costos del trabajo para las empresas.

Como parte de esta ofensiva contra el trabajo, Mészáros (2001) destaca el papel de los partidos socialdemócratas en la implementación de los ajustes neoliberales, expresión de su “servidumbre [...] al negocio capitalista” (p. 272). Para Mészáros, el fracaso histórico de la socialdemocracia se revela en el apoyo al avance del capital sobre las conquistas del trabajo (posibles en un contexto específico de expansión y ascensión del capital). En ese sentido, en tiempos de crisis estructural, dice Mészáros (2001), “hasta los elementos alguna vez parcialmente favorables del equilibrio histórico entre el capital y el trabajo tuvieron que voltearse a favor del capital” (p. 274).

Los remedios al problema del desempleo llevados a cabo por gobiernos de tinte socialdemócrata, además de la implementación de una efectiva legislación antilaboral, incluyen la inversión en pequeñas empresas y la capacitación laboral para los nuevos requerimientos del mercado, especialmente en el sector de servicios, ilusoriamente capaz de absorber la población trabajadora expulsada de la industria o desplazada por su calificación. La llamada flexibilización no ha sido nada más que “la casua-

lización de la fuerza laboral al grado más alto practicable, con la esperanza de mejorar las perspectivas de acumulación de capital rentable mientras se aparenta estar preocupado por salvaguardar empleos y reducir el desempleo “(Mészáros, 2001: 273).

La regresión social a manos de la socialdemocracia incluye legislación para estimular el ingreso de capital extranjero mediante la flexibilización de las leyes y relaciones laborales, con incremento de la contratación por horas, la facilitación de despidos, la limitación del salario mínimo y la restricción a determinadas formas de organización y movilización de la clase trabajadora. Inclusive en los países de capitalismo central, ha crecido la legislación autoritaria y la intervención directa del Estado para la represión del movimiento de trabajadores y de manifestaciones de descontento ante el creciente desempleo y, su correlato, la precarización de la vida.

Conclusiones

La comprensión de la naturaleza del desempleo crónico en la actualidad exige un entendimiento de sus determinaciones fundamentales, en un esfuerzo por articular la forma concreta que asume el desempleo a nivel global en el capitalismo contemporáneo y el concepto de superpoblación relativa, expuesto por Marx.

La capacidad humana de transformar el medio mediante el trabajo, para la satisfacción de genuinas necesidades, está subordinada a la producción de mercancías, productos descolados de su utilidad, al servicio de la ganancia capitalista. Mientras millares de esfuerzos humanos están volcados a una producción destructiva, millares de personas tienen negada la satisfacción de las necesidades más elementales. Mientras se extiende e intensifica el tiempo de trabajo para unos, a beneficio de otros, se expulsa a otros tantos de la producción social. Todas estas irrationali-





dades son intrínsecas al sistema de producción capitalista y, en vez de afrontar sus causas, nos limitamos a tratar sus consecuencias.

La crisis estructural del sistema del capital –que se inaugura en la década de 1970- revela la incapacidad de los ajustes estratégicos históricamente implementados. Hasta ahora, el capital había demostrado su capacidad de corrimiento de las barreras para su expansión y acumulación. Contaba con válvulas de escape expansionista, por ejemplo, a través del complejo industrial militar y la conquista colonial e imperial de territorios. Esta posibilidad de trasladar las contradicciones está históricamente agotada, puesto que los antagonismos internos se han intensificado enormemente desde los años '70 y trasladarlos se vuelve cada vez más problemático. El margen para el desplazamiento de las contradicciones del capital se vuelve cada vez más estrecho y su poder destructivo amenaza tanto la destrucción de sí mismo como de la humanidad en general.

La larga etapa de ascensión capitalista, compuesta por crisis cíclicas, se caracterizó por la combinación entre la capacidad autorreproductiva del capital y lo que Mészáros llama producción genuina en oposición a lo que es predominante en tiempos de crisis estructural o crónica del capital: la autorreproducción destructiva.

Las contradicciones de la relación social capitalista se agravan de tal forma que se convierten en límites absolutos, imposibles de sortear - siendo el desempleo crónico el problema más explosivo de todos.

Frente al problema del desempleo, se han brindado explicaciones del orden natural (discordancia entre crecimiento poblacional y producción de alimentos), de un mistificado desarrollo tecnológico (que no parecería humanamente conducible), de un supuesto retraso en el desarrollo capitalista de ciertas sociedades (dichas subdesarrolladas), de tendencias pasajeras, entre otras razones.

Las respuestas al problema han sido desde la inversión pública keynesiana hasta el recorte público neoliberal, y en cualquier caso el capital ha contado con el papel auxiliar y complementario del Estado para atender sus dificultades de valorización. Sin confrontar las causas del problema,

las respuestas neoliberales –bajo gobiernos incluso socialdemócratas– pasan por la precarización de la fuerza laboral total y la criminalización de la protesta.

Hasta el día de hoy los problemas puestos por las relaciones sociales capitalistas son abordados con respuestas que eluden toda posibilidad de transitar hacia un orden social alternativo fundado en la igualdad.

Para Mészáros (2001), “la esperanza de contrarrestar exitosamente las tendencias destructivas del sistema de reproducción metabólica social establecido” radica precisamente en que la humanidad debe encarar “las corregibles tendencias sociales del desarrollo” (p. 270). Esto nos pone como desafío instituir una forma de organización social que ponga el tiempo excedente socialmente producido en correspondencia con el libre y enriquecido desarrollo de las capacidades humanas.

Bibliografía

Donaire, R.; Rosati, G. y Mattera, P. (2021). *Pobreza y desarrollo capitalista en el mundo, 2005-2015*. Programa de Investigación sobre el Movimiento de la Sociedad Argentina. Disponible en: http://www.pimsa.secyt.gov.ar/novedades/Pobreza_y_desarrollo_capitalista_en_el_mundo.pdf

Donaire, R. (2021). Las modalidades constantes de la superpoblación relativa en América Latina y el Caribe a comienzos del siglo XXI. En: López, A.; Roffinelli, G. y Castiglioni, L. [Coords.] *Crisis capitalista mundial en tiempos de pandemia. Una mirada desde nuestra América*. Buenos Aires: CLACSO.

De Luca, R.; Seiffer, T. y Kornblihtt, J. (2013). Gasto social y consolidación de la sobrepoblación relativa en Venezuela durante el chavismo (1998-2010). *Revista de Estudios Sociales* (Universidad Nacional de los Andes, Bogotá), No. 46, mayo - agosto de 2013, pp. 158-176.





Engels, F. (2019) [1845]. *La situación de la clase obrera en Inglaterra*. Publications MIA. Disponible en <https://www.marxists.org/espanol/m-e/1840s/situacion/situacion.pdf>

Longhi, A. (1994). *Desequilibrio y excedente de fuerza de trabajo en el mercado laboral uruguayo. Cuatro ensayos sobre el tema*. Montevideo: Fondo de Cultura Universitaria.

Malthus, T. R. (1993) [1798]. *Primer ensayo sobre la población*. Barcelona: Altaya.

Marx, K. (2002) [1867]. *El Capital. Libro I. Volumen 1*. Buenos Aires: Siglo XXI.

_____ (2016) [1867]. *El Capital. Libro I. Volumen 3*. Buenos Aires: Siglo XXI.

Mészáros, I. (2001). [1995]. *Más allá del capital. Hacia una teoría de la transición*. Valencia, Venezuela: Vadell Hermanos.

_____ (2006). Desemprego e precarização: Um grande desafio para a esquerda. En Antunes, R. (org). *Riqueza e miséria do trabalho no Brasil* (pp. 27-44). São Paulo: Boitempo.

_____ (2021). *Para além do Leviatã. Crítica do Estado*. São Paulo: Boitempo.

FAO, FIDA, OMS, PMA y UNICEF. (2023). *El estado de la seguridad alimentaria y la nutrición en el mundo 2023. Urbanización, transformación de los sistemas agroalimentarios y dietas saludables a lo largo del continuo rural-urbano*. Roma: FAO. Disponible en <https://doi.org/10.4060/cc3017es>

OIT (2023). *Perspectivas Sociales y del Empleo en el Mundo: Tendencias 2023*. Ginebra. Disponible en <https://www.ilo.org/es/media/366541/download>

_____ (2024). *Perspectivas Sociales y del Empleo en el Mundo: Tendencias 2024*. Ginebra. Disponible en <https://www.ilo.org/es/publications/perspectivas-sociales-y-del-empleo-en-el-mundo-tendencias-2024>

_____ (2025). *Panorama Laboral 2024: América Latina y el Caribe*. Ginebra. Disponible en <https://www.ilo.org/es/publications/panorama-laboral-2024-de-america-latina-y-el-caribe>

Pineda, R. et al. (2024). *Empleo informal en América Latina: grupos más propensos*. Serie Macroeconomía del Desarrollo, N° 219. Santiago: Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL). Disponible en <https://www.cepal.org/es/publicaciones/81103-empleo-informal-america-latina-grupos-mas-propensos>

